

HONORÉ
DE BALZAC
LA BÚSQUEDA
DEL ABSOLUTO

PRESENTADO POR
CARLOS PUJOL



La búsqueda del absoluto constituye una detallada crónica de la aventura espiritual de Balthazar Claës, arquetipo de héroe metafísico cuyo empeño por conseguir diamantes obedece a la vez a la sed de trascendencia y al más puro pragmatismo.

«*La búsqueda del absoluto* es uno de esos títulos que en sí mismos son ya literatura, y que ejercen tal fascinación que están destinados a engendrar otros [títulos memorables... Todo Balzac está en esa sorprendente amalgama de amor y de dinero, de pasiones irresistibles y de vida regalada, de sueños y de materialidad» (Carlos Pujol).

Presentación

por Carlos Pujol

La búsqueda del Absoluto es uno de esos títulos que en sí mismos son ya literatura, y que ejercen tal fascinación que están destinados a engendrar otros títulos memorables; así suponemos que la novela de Proust debe la primera parte de su nombre a este relato de Balzac, y la segunda a *Las ilusiones perdidas*, con «tiempo» como puente entre los dos ecos de *La comedia humana*. Y es que *recherche*, búsqueda, es palabra con un reclamo muy fuerte, como lo era *quête*, su antepasada en el viejo francés, que se traducía por la «demanda» heroica y mística de los antiguos caballeros.

Quizá, puede argüirse, es un título que casi no parece de obra de imaginación, y en efecto podría ser el de un libro de filosofía, pero esta ambigüedad forma parte de su encanto, le añade un plus extraño y misterioso, y Balzac era muy consciente de ello (la novela se incluyó, naturalmente, entre los Estudios filosóficos). Lo que salta a la vista es que quería decir algo que para él era muy significativo y que eligió un rótulo que estuviese a la altura de sus ambiciones.

La filosofía de Balzac —tómese el término «filosofía» con la seriedad que se quiera—, por ejemplo en *Louis Lambert* y en *La obra maestra desconocida*, hace incompatible la misión del hombre superior con la felicidad terrena, y esta disyuntiva tan romántica, o la mediocridad dichosa o

unas aspiraciones tan altas que conducen necesariamente al desastre, pone en funcionamiento la acción novelesca, que se recubre de un barniz costumbrista.

Los héroes tentados por grandes empresas, la perfección del arte, la clave del saber, la ciencia, también, como en La piel de zapa, el poder mágico que otorga un talismán, abrazan con estos ideales el infortunio, que es el precio que hay que pagar por su aventura titánica; no se puede tener a la vez, filosofa Balzac, el genio, que carece de medida y de proporción, acaso también de sentido común, y la felicidad de este mundo, que está hecha de cosas muy pequeñas.

El realismo que se atribuye al novelista le supone un escritor cuyas obras son fiel espejo de apariencias, pero aquí, como en tantas otras piezas de la Comedia humana, lo que se nos da es un espejo de sueños, siempre extremados e irrealizables, eso sí, con el detallismo con que los sueños visten la fantasía, para que creamos en ella y podamos reconocernos en sus imágenes. Estamos ante un visionario que maneja la realidad como el alquimista el plomo para obtener lo inasequible.

Y en este caso lo de la alquimia no es una simple metáfora, sino el ideal de Balthazar Claës, el personaje balzaquiano que se busca más allá de sí mismo, que no se conforma con las posibilidades humanas a su alcance y pone el gran objetivo de la vida más allá de lo que él o cualquier otro ser normal pueden conseguir. Afán de soñador o de loco, de artista o de inventor del futuro.

También genio incomprendido y extraviado que en su frenesí convierte inevitablemente en víctimas a los que le rodean, antes de que su superioridad le destruya a sí mismo en sus alturas irrespirables; es alguien que en su búsqueda irrumpe en una oscuridad final de la que ya no va a poder salir. Ha elegido la máxima ambición y con ella el fracaso de su vida.

La novela se inicia con largas y prolijas descripciones que tienen una minuciosidad de maníaco y que no perdonan detalle; o así nos lo parece, pero es que a nuestra acelerada época le cuesta comprender el tempo lento de la manera de narrar del siglo XIX, que refleja otro ritmo vital, como a nuestra sensibilidad, embotada por la saturación de imágenes, hacerse cargo de que el lector de Balzac agradecía esos inventarios hoy suplidos por la mirada rapidísima, cómoda y tal vez empobrecedora de la fotografía, la televisión o el cine.

Pero lo que nos quiere decir el novelista es que la locura, entre admirable y espantosa, que va a describirnos se sitúa entre nosotros, en un mundo que es de veras, tangible y conocido; no se nos habla de una vaga antigüedad en la que cualquier cosa puede suceder, sino del presente (el desenlace se produce un año y medio antes de la fecha de redacción y publicación del libro, 1834), ni tampoco de lugares muy lejanos, sino muy próximos a la experiencia cotidiana.

El Flandes francés es una tierra diríase que más bien prosaica, con una reputación de sentido práctico en la que el texto no deja de insistir: una región, leemos, «desprovista de poesía», con «una vida ciudadana y burguesa» que aspira a «una felicidad cándidamente sensual». Todo aquí es bienestar, abundancia y sosiego, goces tranquilos y discretos que se saborean en paz y comodidad, y que se resumen en el doble símbolo de la cerveza y la pipa.

En Douai entraremos en la casa de Balthazar Claës para visitarla hasta sus últimos rincones de la mano del narrador: un ajuar rico y tradicional, muebles y utensilios, cortinones, tapices, vajillas de plata, porcelanas chinas, los bellos tulipanes propios del país y los cuadros de grandes maestros —Rubens, Van Dick, Teniers, Rembrandt, Hobbema— que forman uno de esos repertorios codiciosamente soñados por Balzac para su propia colección que nunca llegó a existir.

Y los personajes no se identifican con menudencia menor: todos tienen su carácter, su físico muy pormenorizado, una edad concreta, su historia familiar, un lenguaje característico, por así decirlo una voz propia, y desde luego unos bienes que se evalúan con la escrupulosa exactitud de un recaudador de contribuciones. Si nos tropezáramos con alguno de ellos por la calle le reconoceríamos instantáneamente como a un viejo amigo de quien lo sabemos todo.

Balthazar, por supuesto, es la más trabajada de esas personalidades, pero no se descuidan las de su esposa Pepita, medio española de origen, su hija mayor Marguerite, el criado Lemulquinier, sombra alucinada de su amo, el notario Pierquin, el anciano abate De Solis, severo español según el gusto romántico (es curioso el reiterado y apasionado toque de españolismo que tiene la historia, como para justificar actitudes vehementes y excesivas), y su joven sobrino Emmanuel.

Balzac primero cuenta cómo son las cosas y las personas, y cuando tiene la seguridad de ese punto de apoyo se sale del marco que él mismo ha trazado haciendo convivir «la persecución de lo imposible» con estas realidades tan sólidas. Estudio filosófico, sí, pero sin dejar de pisar tierra firme. Así la novela se hace Absoluto sin dejar de ser pormenor, realidad precisa y habitual.

La resistente materialidad de la vida, que en el libro se encarna en el temperamento flamenco, es uno de los dos grandes polos de la novela, que forma un flujo y reflujo de dinero y bienestar: una pasión incurable devasta una y otra vez lo que la paciencia, el sacrificio y el trabajo consiguen restaurar penosamente, en espera de que aquella misma fuerza ciega e irresistible lo destruya todo de nuevo.

Se nos pinta una obsesión, una monomanía que llega a convertirse en impulso aniquilador; un sentimiento casi sobrehumano, o que tiende a serlo, y que consume la vida de un hombre y la de los que dependen de él, hasta olvidar todos los afectos e intereses. Es el sueño del creador en el

sentido literal de la palabra, el que hace, o por lo menos rehace, el mundo como poeta, como artista, como filósofo o como sabio.

Aquí como sabio; si la naturaleza fabrica diamantes, el protagonista quiere averiguar cuál es el proceso de esta fabricación para reproducirlo en su laboratorio. Intento de un racionalismo llevado a sus últimas consecuencias —Balthazar es un hijo del siglo de las luces, eso queda bien claro— que le conduce al borde de la hechicería.

Tales empresas desmesuradas son, según Balzac, «un exceso constante» igual que el vicio, someten a «la tiranía de las ideas», infunden «el absorbente fanatismo que inspiran el arte o la ciencia». Su proyecto no puede tener buen fin, es una locura que pretende igualarse a Dios, pero es asimismo la misión más alta y terrible que pueda concebir un hombre, y por lo tanto el más extraordinario y arriesgado de los destinos.

Con estas opiniones prometeicas podría imaginarse a Balzac como un asceta que se consagra a su trabajo de escritor renunciando al mundo y a sus placeres, pero lo cierto es que nadie más aficionado que él a lo que se suele llamar la buena vida: la gastronomía más exigente, el mejor café, los trajes más caros cuando se lo podía permitir, muebles antiguos, objetos de lujo, etc., sin olvidar el capítulo amoroso, muy densamente poblado.

Quizá por eso la novela plantea una contradicción que no resuelve, entre otros motivos porque también era la del escritor. A un tiempo epicúrea y titánica, la sombra balzaquiana se proyecta sobre ese Balthazar Claës, que después de quince años de inalterable felicidad familiar se ve como poseído por un demonio que le hace olvidarlo todo para ser «investigador de causas ocultas».

Basta con que en 1809, en el turbulento período de las guerras del Imperio, un oficial polaco que se apellida Wierzchownia (como la finca de Madame Hanska, porque en 1834 estamos en el deslumbramiento de los primeros

años de su amor por «La Extranjera», y cree que de Polonia tiene que venir la luz) pase unas horas en su casa de Douai para que el dignísimo patriarca flamenco se convierta en otro hombre.

A partir de entonces para él sólo existe la búsqueda del principio común a toda la creación cuyo descubrimiento permitirá decir: «Hago los metales, hago los diamantes, repito la naturaleza». En otras palabras, hago lo que sólo Dios ha hecho. El secreto del universo se esconde en la química, el hombre es un matraz, la vida una combustión, el mundo un crisol, todo es química, hasta las lágrimas, incluso el amor, según comprende su horrorizada esposa, la dulce Pepita.

Empezando por unos humildes berros, las investigaciones de Balthazar se van agigantando para estrellarse una y otra vez contra lo imposible, y en su laboratorio su fortuna y la de sus hijos se va «en gas y en carbón», se quema —«la idea del Absoluto lo había devastado todo como un incendio»— lo mismo que su propia existencia. Claës pasa de científico aficionado que en su juventud estudió con Lavoisier a sabio, y de sabio a brujo y a demente.

En la novela lo de menos son las precisiones técnicas; quizá no quede muy claro en qué consiste lo de descomponer el ázoe, es decir, el nitrógeno, o lo de cristalizar el carbono o gasificar los metales, las explicaciones son algo brumosas o lo parecen al lector profano, tanto da; lo que nos impresiona es el uso de todas esas manipulaciones químicas que desembocan en una utopía fatal. La química, quién lo iba a pensar, nos introduce subrepticamente en una parábola de ofuscación y de ensueño trágico.

Pero Balzac es siempre Balzac, ese delirio o chifladura grandiosa es algo que se mide en dinero; la enajenación de Balthazar Claës cuesta dinero hasta la ruina y también tiene por objeto producir dinero. Busco, dice el protagonista, «la felicidad, la gloria... tesoros, joyas, riquezas...». Sólo unos

puntos suspendidos separan la primera parte, más noble, de su ideal, de todo lo demás.

El dinero, que nunca deja de hacerse oír en las novelas balzaquianas, no puede faltar aquí: cuentas, deudas, créditos, hipotecas, intereses, tantos por ciento, activos y pasivos, herencias, precios detallados de todo (hasta Marguerite, tan espiritual, al decir del notario es «una muchacha de cuatrocientos mil francos»). Todo se cifra, se calcula, se compra y se vende, y el Absoluto resulta ser también dinero, fortuna, diamantes.

Claës, que procede de una larga tradición que identifica la felicidad con la riqueza y el confort, el bienestar material y el desahogo económico, parece rebelarse contra esta visión un tanto estrecha para descubrir la embriaguez de una búsqueda que casi linda con lo irracional, con lo fantástico. Pero en ese punto en el cual la honrada química se transforma en alquimia, su objetivo es la obtención de incalculables tesoros.

A estas paradojas se suma otra característica de la novela que es infrecuente en la Comedia humana: en medio de la vorágine de números en la que viven sumergidos los personajes, es asombroso comprobar el desinterés de todos ellos. No cesan de hablar de dinero, de ganarlo, de gastarlo, de ahorrarlo, pero, curiosamente, nunca con afán de lucro, circunstancia rarísima en la codiciosa humanidad balzaquiana.

Balthazar quiere fabricar diamantes, pero sólo para hacer más felices a los suyos (el ideal puro de la ciencia se confunde así ambiguamente con el punto de vista de un simple padre de familia), Pepita es el símbolo del desinterés heroico y sacrificado, y altruista es también el fiel Lemulquinier; incluso el único que se describe como «egoísta y calculador», Pierquin, es mucho menos ruin de lo que parece, y más sensible a la vanidad social que al dinero.

Hay, por otra parte, una zona de la novela de una sublimidad un poco empalagosa, la que representan Marguerite

y Emmanuel, casi celestiales («se habían conocido en sus sueños», se nos dice poéticamente) y que comparten «la curiosidad del infinito»; angélica pareja de enamorados envuelta en una fraseología muy peculiar: «Vertía el rocío de sus lágrimas en el corazón de su amiga» o «el fulgor de su alma pura como un diamante brillaba sin nubes».

Hasta las almas son puras... como un diamante, la imagen traiciona al escritor, pero todo ese clima de sentimientos elevados sirve muy bien de contrapeso y de contraste a las obsesivas situaciones de la novela, en la cual, por obra de la necesidad, los jóvenes alternan encendidas miradas de amor y cándidos rubores con planes de inversión de capitales, compraventas, amortizaciones y previsiones de beneficios.

Todo Balzac está en esa sorprendente amalgama de amor y de dinero, de pasiones irresistibles y de vida regalada, de sueños y de materialidad. Pasa de un mundo a otro con un aplomo único, se mete en la piel de un notario para escribir una página como de contable, y luego ironiza sobre el espíritu positivo, se conmueve hasta las lágrimas con las víctimas inocentes y más tarde exalta la figura disparatada del loco inventor.

Bordea el ridículo con frases de almíbar un poco cursis, y en seguida encuentra el tono más vibrante, recio y eficaz, y sin abandonar del todo cierta retórica algo hueca descubre matices expresivos muy delicados, como lo primero que Marguerite le dice Emmanuel cuando salen a pasear por el jardín, y que en francés suena como un hemistiquio de alejandrino: «Aimez-vous les tulipes?».

Qué importa el énfasis que a veces hace sonreír al lector actual, acostumbrado a un tipo de expresión más contenido, o pequeños lapsus de atropellamientos muy balzaquianos (el personaje «belga» antes de que Bélgica empezara a existir en 1830, o el nombre de uno de los hijos de los Claës, que se convierte de Gabriel en Gustave). Todos es-

tos despistes, inconsecuencias y exageraciones nos lo hacen más vivo, más simpático.

Es posible que como lectores estemos viciados por las pautas que estableció Flaubert pocos años después de la muerte de Balzac: la novela como una máquina de narrar que no puede tener fallos, bien engrasada, en la que todo está previsto y donde cada escena, cada personaje, cada comparación, cada objetivo y cada adverbio, cada punto y cada coma están donde deben, y cualquier cambio menoscaba un arte perfecto.

La novela moderna, hija, nieta, bisnieta, etc., de Flaubert, es lo que es y valdrá lo que valga, pero a Balzac, en quien todo es más improvisado, lo cual no significa torpe, más intuitivo y, si se quiere, más arrebatador, hay que leerlo de otro modo; como quien no está de vuelta y todavía participa de un entusiasmo y de una calidez vital que siguen siendo referencias únicas de verdad humana.

Lo de menos es la adhesión que podemos prestar a sus ideas, quizá su prosa nos parezca a veces discutible (desde luego está mucho menos ajustada y vigilada que la de Flaubert), sus libros tienen altibajos y desmesura; pero hay que abandonarse a la pasión genial de uno de esos creadores que, como los héroes de sus novelas —de forma tal vez inconsciente Balzac estaba defendiendo su propio caso—, no pueden juzgarse por una escala común.

En La búsqueda del Absoluto, a la muerte de Balthazar Claës, el instinto de conservación social, familiar, individual, reabsorben la anormalidad, todo ha de seguir como antes, se ha reparado el monstruoso desorden del genio, que muere pronunciando un patético e ilusorio «eureka». Se han gastado varios millones, siempre los números, una mujer ha muerto de dolor y un hombre bueno, sabio e inteligente se ha perdido en la busca de una quimera. Después del vendaval de ambición y derroche, las cosas volverán a ser como fueron.

Los demás personajes reconstruyen sin él la felicidad de cada día y su fortuna, que al parecer la hace posible, aquí no ha pasado nada, excepto la misma novela que hemos leído. Este sueño no fructifica, pero la búsqueda ha dado pie a una historia maravillosa; no podremos fabricar diamantes, pero nos acaban de contar la gran aventura de lo imposible en nuestras vidas, ficción y prototipo. Lo que queda después del fracaso es la palabra del escritor.

La búsqueda del absoluto

*A la señora Joséphine Delannoy,
de soltera Doumerc*

Quiera Dios, señora, goce esta obra de una vida más larga que la mía; la gratitud que me ha inspirado su persona y que, así lo espero, será equiparable al afecto casi maternal que me profesa usted, perduraría de ese modo más allá del término fijado a nuestros sentimientos. Ese sublime privilegio de prolongar mediante la vida de nuestras obras la existencia del corazón bastaría, suponiendo que se pudiera poseer alguna certeza al respecto, para consolar de todos los trabajos que cuesta a aquéllos que tienen puesta la ambición en conquistarlo. Repetiré pues: ¡Dios lo quiera!

DE BALZAC

Existe en Douai en la calle de París una casa cuya fisonomía, distribución interior y detalles han conservado, más que los de ninguna otra mansión, el carácter de las antiguas construcciones flamencas, tan ingenuamente adaptadas a las costumbres patriarcales; pero antes de describirla, acaso convenga en interés de los escritores dejar sentada la necesidad de esas preparaciones didácticas contra las que protestan ciertas personas ignorantes y voraces que desean emociones sin soportar sus principios generadores, la flor sin la semilla, la criatura sin la gestación. ¿Habría de exigírsele, pues, al Arte que sea más fuerte que la Naturaleza?

Los acontecimientos de la vida humana, ya sea pública o privada, aparecen tan íntimamente ligados a la arquitectura, que la mayoría de los observadores pueden reconstruir las naciones o los individuos en toda la verdad de sus costumbres, según los restos de sus monumentos públicos o mediante el examen de sus reliquias domésticas. La arqueología es a la naturaleza social lo que la anatomía comparada a la naturaleza organizada. Un mosaico revela toda una sociedad, al igual que el esqueleto de un ictiosaurio entraña toda una creación. En una y otra parte, todo se deduce, todo se encadena. La causa permite adivinar un efecto, como cada efecto permite remontarse a una causa. El sabio resucita hasta las verrugas de los tiempos pasados. De ahí sin duda el prodigioso interés que inspira una descripción arquitectónica cuando la fantasía del escritor no distorsiona sus elementos; ¿acaso no puede todo el mundo relacionarla con el pasado mediante severas deducciones? Y, para el hombre, el pasado guarda singular semejanza